

indiferencia respecto á las opiniones particulares que dividen entre sí á las naciones y á los hombres? Y despues de haberme ilustrado en cuanto á la ley natural, ¿podriais inculparme, por que no piense como vos en cuanto á lo demas! La verdad, la virtud, el honor, están en seguridad bajo los principios que ya nos son comunes; si ellos bastan para hacerme justo y bienhechor, ¿qué mas se ha menester? ¿No lo han sido sin otra luz, Sócrates, Aristides, Catón, Tito y Marco Aurelio? ¿Dejaria yo de tener mérito teniendo sus virtudes? ¿Tendriais que temer de mí, si yo fuese justo como ellos? Padre mio, no es propio de vos el compeler, y solamente lo es el persuadir: y aunque no me hagais un verdadero creyente, un discípulo fiel, os deberé mucho con que me hagais virtuoso.

CARTA VIGECIMA SETIMA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

¡Bendito sea Dios que me ha hecho recobrar á mi hijo...! Mi hijo creé ya en la virtud. Mas ¿qué digo Valmont? Nunca has dejado de creer en ella; no, jamás has estado perdido para tu padre. Si á su vista te desfiguraba tu lenguaje, si te hacia indigno de él, ah! siempre lleno de indulgencia para contigo, tenia lástima de tu juventud; hacia distincion entre los sentimientos de tu corazon, los sofismas de tu espíritu, y el delirio de tus pasiones; en tus combates, en tus confesiones, en tus remordimientos, volvía á encontrarte, y conocia mui bien que aun vivias para el deber y para el honor. ¡Cuántos recursos hay en una alma en que no se ha extinguido el sentimiento! Tarde ó temprano, él basta para volverla á la razon.

Al fin reconoces el imperio de ésta, y estamos de acuerdo sobre la autoridad santa de las leyes de la naturaleza. ¿Mas la ley natural, la sola razon basta para nuestras necesidades? Querido Valmont, si ella te basta en efecto, no temas que te

imponga un yugo nuevo, un yugo inútil, y una ley arbitraria. No pretendo ilustrarte con objeto de hacerte mas dura y penosa la virtud; sino con el de hacértela mas dulce y fácil; ni quiero para tí ninguna ley que no pueda servir á tu felicidad. ¿De qué me serviría constituirme el tirano de tus opiniones, y querer dominar sobre tu conciencia? ¿Tengo por ventura otro interés, tengo que aguardar todavía en la tierra otro placer que el de hacerte dichoso? Si pues no puedes serlo sin fijar la ligereza de tu espíritu, sin aumentar y asegurar tus luces, sin fortificar y purificar tu corazon, sin armarte contra las pasiones que de nuevo te descarrien y causen tu tormento; si la sola razon es un recurso débil para proporcionarte ventajas tan grandes; si hay un guia todavía mas seguro y mas fiel que el cielo te haya dado, ¿dejarias de agradecerme que te lo hiciera conocer? Puesto que la verdad, la virtud, son ahora de algun precio á tus ojos, ¿podrias ser indiferente á lo que te hiciera verdaderamente sábio y sólidamente virtuoso?

Pero sobre todo, hijo mio, si Dios por miras dignas de él, ha unido realmente tu suerte futura á una economia mui superior á la de la naturaleza, ¿te atreverias á rebelarte contra su voluntad? ¿Te atreverias á inculpar su sabiduría, á condenarle sin oírle, á poner vanos razonamientos en ves de los hechos, á reprochar al cielo los auxilios mas abundantes que á tu debilidad conceda, ó á atribuir á los hombres lo que te viene de la divinidad misma, y á poner en riesgo, por un aferramiento que seria el fruto de la prevencion, tu felicidad eterna?

La razon es nuestro primer guia: ah! hijo mio, ¿quién lo confesará mejor que yo? ¿Y no fui el primero que te enseñó á respetarla? Mas este guia que yo reverencio, ¿es el único que debemos seguir? ¿No serian de desearse nuevas luces, una autoridad mas precisa, una regla mas fácil?

Pon cuidado, querido Valmont; tan insensato es deprimir mucho la razon, como formarse una mui

elevada idea de su poder: desconocerla, ó presumir mucho de sus fuerzas, son dos excesos igualmente peligrosos. En otra ocasion te complacias en degradarla; la mirabas como un instrumento móvil y variable, como una regla incierta; le rehusabas todo crédito: estabas engañado, y te has visto obligado á convenir en ello. Hoy, mui diferente de tí mismo, todo lo concedes á su luz; y te engañas tambien.

Ah! sin duda la autoridad sin la razon no tiene ningun fundamento sólido; no se apoya en nada que la distinga del error, y le imprima el sagrado carácter de la verdad; puede ser igualmente la autoridad mentirosa del bonzo ó del druida, puede tomar sucesivamente la voz de la ninfa Egeria y el alfange de Mahomet. Creer sin la razon, y contra la razon, es propio de los imbéciles, de los supersticiosos y de los fanáticos; es, bajo el pretexto imponente de sacrificar el entendimiento á la divinidad para recibir lecciones mas seguras, arrancarse los ojos para ver mejor. Todas las reglas de verdad que Dios nos ha dado, pueden mui bien esclarecerse en cierto modo y ayudarse mútuamente: nunca pueden contradecirse, á ménos que no se quiera poner á Dios en contradiccion consigo mismo. Ved aqui, hijo mio, mi profesion de fé acerca de la autoridad de la razon.

Pero que, supuesto el estado en que se hallan los hombres, la razon brille suficientemente y se sostenga sin otro apoyo ninguno; que sea el único maestro á quien debemos consultar; que para instruirnos, nada sea menester sino consultarla; y que al enseñarnos nos diga todo lo que nos importa saber, he aquí lo que no probarás jamás, y lo que probarias envano contra la experiencia de todos los siglos.

Abre, hijo mio, la grande y admirable historia del género humano; regístrala donde quieras; considérala en todas las edades; vé siguiendo en ella las revoluciones de todos los pueblos que solo tuvieron por guia su entendimiento; que fije tu atencion y tus miradas en las regiones nuevamente

descubiertas en el Nuevo Mundo, lo mismo que en el que tanto tiempo ha conocemos: oh! ¿qué te presenta sino la historia de nuestros errores en todos tiempos y lugares? En otro tiempo un pueblo solo, en un rincon de este vasto universo, tuvo sanas nociones de la Divinidad, de los deberes del hombre, porque Dios mismo fué quien le instruyó. Fuera de allí, y sobre los objetos mas interesantes, ¿qué extraña estupidez, que extravios y que tinieblas por donde quiera! Sin pretender ofuzcarte con la vana ostentacion de una erudicion que otros han costeadó antes que yo, y pasando rápidamente por lo demas, solamente insistiré en un artículo, por que es el primero y mas interesante á los ojos de la razon; porque es ademas la regla esencial de las costumbres y el fundamento de la ley natural; porque de él pende en gran parte lo que debemos creer y esperar. Este artículo, el mas interesante de todos, es la idea que nos debemos formar de la Divinidad.

Aquí, Valmont, mide bien las fuerzas del entendimiento humano, y ruborízate de tu débil razon. ¿Qué cuadro el que presenta bajo este aspecto el mundo entero! El verdadero Dios, el Dios de todos los seres, ignorado y desconocido; este Dios único, independiente, existente por sí mismo, dividido en tantos dioses dependientes y mudables, cuantos habia en los cielos, y cuantos seres habia criado en la tierra; las divinidades mas ridículas puestas en lugar del Ser mas perfecto; mortales viles adorados por sus semejantes; el buey, el perro, el gato y el cocodrilo, incensados por sacerdotes; el sol, la tierra, las cebollas y las plantas, nombres vanos, la fortuna y el miedo, hechos el objeto de los homenajes de un ciego fanatismo; pueblos de sábios postrados delante de dioses de palo, de piedra ó de metal, delante de figuras grotescas, de que el artista malhecho se reia al formarlas, y á las que adoraba con todo su pueblo despues de haberlas formado; nuestros padres mismos... Ah! me estreñezco con este triste recuerdo; nuestros padres de

rodillas ante simulacros vergonzosos; y nosotros, hijo mio, ¿qué seríamos todavía sin la fé de nuestros primeros Apóstoles? Supersticiones comunes á los simples y á los sábios, pollos consultados de buena fé por los héroes; el vuelo de las aves haciendo estremecer á los mas bravos guerreros; cultos infames, sacrificios impuros, dioses perjuros, incestuosos, adúlteros; divinidades crueles y barbaras, víctimas humanas; el vicio en los templos, en los altares, y en casi todos los corazones: tal es, hijo mio, tal es el hombre avandonado así mismo... Ó ceguedad! ó demencia! de que apenas se le creeria capaz, y que se veria uno tentado á reputar como una calumnia contra el género humano, si no estuviera justificada por la experiencia de todos los siglos, y por el ejemplo de todas las naciones. Gran Dios! De qué profunda noche sacasteis al universo! Y en qué siglos felices, bajo que amable ley nos has hecho nacer!

Hasta ahora solo te he manifestado los extravíos de la razón en la muchedumbre; y esto, hijo mio, ya sería mucho probar contra tí, pues que al fin el mayor número, el comun de los hombres, es el que mas necesita de instruccion. Él es principalmente, quien careciendo de fuerza de espíritu, de tiempo, de voluntad, de medios necesarios para hacer un estudio razonado de la religion y de la moral, tiene tambien necesidad mas urgente de ser ilustrado y afirmado por una autoridad.

Mas con respecto á los filósofos y á los sábios mismos; ¿qué viene á ser de la sola luz natural! Y hasta hoy les ha podido ser suficiente! ¿Qué de escuelas y de sectas contrarias entre sí! ¿Qué de opiniones diversas en orden á la naturaleza de Dios, al origen del mundo, al destino del hombre y á los principios de la moral! Apesar de todas las investigaciones de los sábios de la antigüedad, Dios, el verdadero Dios les era casi tan desconocido como al resto de los hombres; le columbraban solo al travez de un velo que les ocultaba los atributos mas esenciales, y les escondia todo el

brillo de su magestad. Unas veces querian que solamente un destino ciego presidiese á sus determinaciones, y les sirviese de ley: el fatalismo tan absurdo en sí mismo, era la opinion mas comun: otras limitaban el poder del Ser Soberano contraponiéndole una segunda divinidad, á la que atribuian todos los desórdenes que creian percibir en algunas partes de este mundo: en este sistema tan absurdo como impío, un principio bueno y otro malo, el Dios del bien y el Dios del mal (¿y puede nunca haber semejante dios?) se dividian igualmente el imperio del universo. Muchos imaginaban una materia eterna y súbita, que circulando por toda la naturaleza, la modificaba, la animaba y hallaba en su propio fondo el movimiento que la imprimia; ¿cómo si el movimiento, por sus leyes y sus cambios diversos, no supusiera un motor en el universo! [a] Algunos aunque pocos, distinguian es verdad el ser puramente espiritual de todo lo que es materia, y siempre le consideraban no como el autor de la naturaleza, sino como aquel que habia regularizado los movimientos de ella, que habia ordenado con sabiduría todos los seres que la componen, y que existian como él desde la eternidad: insensatos! ¿no advertian que haciendo de todas las partes de esta grande obra otros tantos seres eternos y necesarios, hacian de ellos otras tantas divinidades! tan cierto es, hijo mio, que toda la sabiduría segun el mundo, solo es locura delante de Dios!

Estos sábios tan ensalzados, no estaban mejor instruidos en lo que concierne al hombre, á su estado actual y á su destino. Varron, el mas sabio de los autores paganos, cuenta como trescientas opiniones diferentes sobre la sola cuestion del Soberano bien; no se hallaban mui de acuerdo tocante á la virtud; y acerca de la inmortalidad del alma, solo formaban conjeturas: en todo titubean, vacilan y se contradicen entre sí; y los mas sábios en-

[a] Vease la carta 4.ª, tomo 1.º

tre ellos son los que confiesan mas francamente su ignorancia. Sócrates reconocia sin dificultad que necesitaba luces mas seguras para conducirse, ó que la palabra de Dios mismo le sirviera de guía, no creia que se pudiera conseguir la reforma de los hombres, á ménos que no pluguiese á Dios enviarnos alguno que nos instruyera de su parte: ¡confesion admirable de nuestra debilidad en la boca de un sábio como este! ¡sentimiento de nuestras necesidades, que es el esfuerzo mas bello á que puede alcanzar la sabiduría humana! Platon, al referirnos la muerte de su maestro, nos da parte de sus temores: despues de haber dirigido á sus amigos el discurso mas sublime sobre la inmortalidad del alma, Sócrates le termina, dudando si el alma es inmortal. El mismo Platon, que distingue tan claramente el espíritu y la materia, que reconoce un Criador Supremo, y es admirado por paginas tan bellas, se contradice vergonzosamente, haciendo participantes de los honores de divinidad á los astros, á la tierra y á los demonios [a]; quiere en su *República* que se embriague uno en las fiestas de Baco; prescribe luchas en que deja los dos sexos sin las armas ni los vestidos del pudor; parece que aprueba la comunidad de mugeres; y Philon, el mas grande de sus admiradores, se indigna á pesar suyo, de que todo su banquete se vuelva conversaciones de amor y de liviandad contra natural. Otro sábio no ménos célebre, despues de haber reprobado con severidad todos las imágenes deshonestas, exceptua la de aquellos dioses que querian ser honrados con tales infamias [b]. Ciceron comienza su *Tratado de la naturaleza de los dioses*, confesando que nada es mas difícil, ni nada mas obscuro que esta materia, en la que, dice, los pareceres de los hombres mas ilustrados son tan diversos y separados. ¡Ó razon! débil razon! ¡hasta donde llegan pues tus

[a] En el *Epinomis*, en el *Timéo* y en el lib. 8.º de las leyes.

[b] Aristóteles, *Política* VII.

fuerzas? ¿Son estas las maravillas producidas por tus sábios [a]? [1] Que los espíritus fuertes de nuestros dias, Valmont, se apoyen ahora en sus propios conocimientos: yo les preguntaré si tienen mayor fuerza de espíritu que los sábios de la antigüedad pagana. Haré mas; contrapondré los unos á los otros, y manifestaré cuanto discrepan entre sí [b]; les demostraré oponiéndolos á ellos mismos, cómo se contradicen y se extravían diariamente sobre muchos artículos de la ley natural; haré mas todavía, quitaré la máscara que los cubre, y se conocerá, que bajo una apariencia de respeto hácia la ley natural, ocultan un grande fondo de indiferencia para con toda ley en general, un espíritu de vértigo, de sistema, y

[a] Montaigne, dice, hablando de la religion: „En una cosa tan divina y tan altamente superior á la inteligencia humana, es menester que Dios nos preste su socorro con un favor extraordinario y privilegiado, para poderla concebir y abrigar en nosotros; y no creais que los medios puramente humanos fuesen de ningun modo capaces de ello, y si lo fueran, tantas almas raras y sobresalientes de los siglos antiguos, tan abundantemente provistas de fuerzas naturales, hubieran podido con solo sus discursos llegar á este conocimiento. Despues de lo cual, refiriendo los errores de los filósofos y de los pueblos paganos, exclama: ó Dios! ¡qué obligacion tenemos para con la benignidad de nuestro Criador Soberano, por haber despertado nuestra creencia de esas opiniones vagabundas y arbitrarias, y por haberla sentado sobre la basa eterna de su santa palabra! Todo está flotante en la mano del hombre; yo no puedo tener el juicio tan flexible.” [*Ensayos*, lib. 2.º cap. 12.]

[b] „La insuficiencia del espíritu humano es la primera causa de esta diversidad prodigiosa de opiniones, y el orgullo es la segunda... misterios impenetrables nos rodean por todas partes; son superiores á la religion sensible; creemos, que, para comprenderlos, tenemos inteligencia, y solo tenemos imaginacion.” (*Rousseau*.)

muchas veces de pirronismo, acerca de toda verdad. Deberas, hijo mio; tu les has oido hablar, has leído sus escritos, has pensado con ellos y como ellos; dime pues, y pregunta con fidelidad á tu conciencia y á tu memoria, ¿qué has oido en sus conversaciones? ¿Qué has visto en sus obras, sino la teología del materialismo y la moral de las pasiones? En medio de sus sistemas sutiles é ininteligibles, ¿qué son efectivamente la mayor parte de ellos, sino materialistas disfrazados? Deístas en la forma, epicúreos en la sustancia [a]; hablemos mejor, y sin imputarles nada que tu puedas negar á su nombre; no sabiendo ellos mismos lo que son; hoy dogmáticos, mañana pirrónicos; cambiando de opinion y de lenguaje, segun las circunstancias y los tiempos; no teniendo jamás la misma filosofía, de una obra á otra, ni en dos dias de intervalo [b]; envolviéndose en muchas palabras vacias de sentido, y reemplazando con el gergon filosófico la ciencia sencilla y modesta; razonando entusiasmados, y sentando con todo el fuego del genio y todo el

[a] Epicuro habia renovado el sistema de Demócrito, que miraba el átomo como la causa primera por la que todo existe, y la materia prima de que todo se forma.

[b] No es esto bastante: no solo entre nuestros filósofos, cada hombre tiene su sistema; no solo un hombre de una obra á la otra, cambia de opiniones y adopta sistemas diferentes, estableciendo alternativamente sobre la misma cuestion el *si* y el *no*: lo mas singular que hay es, que á veces le sorprende uno, diciendo juntamente el *si* y el *no*, el *pro* y el *contra* en un mismo pasage. Nadie ha probado mejor, con la confrontacion de textos mui formales estas verdades tan humillantes para la sabiduría humana, que el autor de las *Helvecianas*, ó *Cartas provinciales filosóficas*. Vea-se, por ejemplo, sobre el origen del mundo, sobre el de la especie humana, el tomo 1.^o; y acerca de la divinidad, del alma, de la libertad, los tomos 2.^o y 3.^o de esta obra, tan propia para echar sobre nuestros pretendidos sábios un ridículo indeleble.

relumbron de la elocuencia, absurdos por principios; dandose como los restauradores y los guias del género humano; y creyendo hacernos encontrar la luz en el cenó de la obscuridad mas profunda; ¡oh! ¿dónde está pues, en materia de religion, la regla fija de aquellos que no tienen otra que la de su razon?

Y en cuanto á las verdades concernientes á las costumbres, ¿nuestros filósofos nuevos son mas sábios y mas ilustrados que sobre las que pertenecen á la religion? ¿Cuáles son los fundamentos sagrados de su moral? En este punto, la conformidad de origen, de inclinaciones y de ley entre los brutos y los hombres, es la única basa de la ley natural: las convenciones y las instituciones políticas son en esto las que constituyen todo el mérito y demérito de lo que se llama *vicio y virtud*. Para unos la utilidad pública, la salud del pueblo, en oposicion al bien mismo de la humanidad entera, es lo que en cada sociedad, en cada estado, determina lo que es justo ó injusto, lo que es virtuoso ó vicioso. Para otros el interes personal es la fuente y la regla de toda justicia. Algunos dan por principio de las grandes y bellas acciones, la sensibilidad física, el amor y el deleite. Todos en fin, favoreciendo igualmente el libertinaje, el lujo, la independencian, el orgullo, y todas las pasiones, causan sucesivamente, ó quizas á la vez horror y compasion [2].

¡Oh hijo mio! ménos filósofos bajo muchos respetos, y ménos consecuentes que los sábios de la antigüedad pagana, fácilmente se mira en sus extravios monstruosos, que, nacidos en el seno del cristianismo, han abusado de mayores auxilios que aquellos no habian recibido de él, y extinguido en el fondo de su alma luces mas verdaderas. Han caido como los antiguos sábios en la ceguedad y en las tinieblas; pero han caido de mas alto. Muchas veces admiró en la moral de estos, aunque tan imperfecta todavia, á Sócrates, á Platon, á Ciceron, á Séneca, á Marco-Aurelio, á Epitecto; mientras que mi corazon y mi razon se levantan contra

las máximas indecentes y perversas de los falsos sábios de nuestro siglo.

Y aun cuando sus conocimientos fueran mas puros, ¿á quién tocaría el mérito y el honor de ellos, sino á la Religión santa que los ha formado? ¡ingratos! por no reconocer lo que le deben, olvidan todo lo que han tomado de ella. Ah! si desdeñan acordarse del primer rayo que iluminó su cuna, de las primeras lecciones que les dió en su infancia, confiesen que todo lo que han aprendido mas verdadero, lo adquieren de esta religion que desprecian; que ántes que pudieran gloriarse de ser sábios, ella les habia inculcado la ciencia y la sabiduría; y que ninguno enseña ni practica mejor los deberes de la ley natural, que el humilde fiel, alumbrado por la luz del Evangelio [3].

Esta ley Evangélica es la que determina el culto que se debe á la Divinidad. Por que en fin, si Dios existe; si le debemos un homenaje como al autor de nuestro ser, que nos ha creado para él; si le debemos un homenaje y un culto externo, un homenaje de espíritu y de cuerpo, como á quien ha formado el uno y el otro, y á quien ha puesto entre ambas sustancias una correspondencia recíproca y una relacion necesaria; si le debemos un culto público, como á padre común de todos los hombres, que los ha reunido en sociedad, que ha hecho de ellos una misma familia de que es el gefe, que les ha dado el uso de todas las criaturas para que con ellas ofreciesen juntamente un mismo tributo á su gloria; ¿quién es el que determinará con solo las luces naturales un culto verdaderamente digno de él, y la especie de sacrificio, que para honrarle, para volvérnosle propicio, para expiar nuestras culpas, puede ofrecérsele sin degradar su magestad? [a] ¿Admitiré-

[a] Los verdaderos sábios de la antigüedad, siempre estuvieron con graves dificultades acerca de la naturaleza de este sacrificio. Vease lo que Platon hace decir á Sócrates sobre los sacrificios y sobre la oracion, en el diálogo titulado, *El segundo Alsiades*.

mos igualmente todos los cultos? Son contradictorios entre sí; la mayor parte contradicen los atributos esenciales del Ser Supremo; son contrarios á la perfeccion y á la felicidad del hombre: pretender que todos son igualmente propios para glorificar al Ser Soberano, es querer que Dios sea honrado dignamente por contradicciones y absurdos.

La ley evangélica, es tambien la que apoyada en hechos sensibles, ofrece á los hombres un ministerio propio para instruirles, y una autoridad suficiente para hacerse escuchar de ellos. ¿Qué fuerza y que poder tendrá sobre la multitud la sola voz de los filósofos? [4] ¿Qué hombres si no pertenecen á un ministerio público y suficientemente autorizado, serán bastante generosos para consagrarse totalmente á la instruccion de sus semejantes, y para hacerles entender con riesgo de su vida el lenguaje de la sabiduría y de la verdad? Esta necesitaba por intérpretes, almas fuertes; necesitaba héroes y mártires; y entre los paganos, solo Sócrates sufrió por ella [5]; todos los demas la traicionaron en vez de servirla: no contentos con encubrirla bajo las sombras del misterio, en público la acomodaban á las supersticiones paganas. Nuestros pretendidos sábios, tan prudentes y tan débiles como aquellos, ¿no sientan así mismo por principio, acomodarse al culto recibido en la nacion de que uno es miembro? Solo la religion revelada ha podido dar á la verdad Apóstoles dignos de ella.

Confesémoslo por tanto, hijo mio, pues que los hechos nos forzan á ello: la degradacion del género humano, el oscurecimiento de la razon en la multitud, sus extravios, sus contradicciones, sus límites, la insuficiencia de su autoridad en los sábios, todo nos prueba la necesidad extrema de un recurso mas abundante, de un guia mas seguro, de una luz mas fija, y la necesidad de una revelacion [6]. Mas aquí vuelve la primera dificultad que formas contra ella; no dilataré en resolverla, como todas las que me opongan tus pasiones.

NOTAS.

PÁG. 21.

[1] ¿Son estas las maravillas producidas por tus sábios? Con todo, es verdad que entre todos los filósofos hay algunos que han alcanzado verdades importantes. „Pero no han sabido jamás, dice Lactancio, lo que es un cuerpo de doctrina, aunque hayan entrevisto cada parte de él. Cada uno por su lado, ha encontrado alguna de las piezas que deben entrar en él; pero no han llegado á reunir las, ni á sacar las consecuencias de los principios. Se vé muy bien, que todas las verdades se hallan esparcidas entre las diversas sectas; no estando ninguna de ellas tan desprovistas de buenos espíritus, cada una habia recibido una porcion de la verdad: empero mientras que para disputar, cada una de ellas defiende sus opiniones aunque falsas, y combate las de otra aunque verdaderas, sucede que la verdad que al parecer buscan se les escapa, ó mas bien la pierden por su propia culpa. De modo, que si se hubiese hallado un hombre de génio bastantemente alto para reunir lo que hay de mejor en cada escuela, y formar un cuerpo completo, este hombre no discreparia de nosotros. Mas esto exigia necesariamente que poseyera el discernimiento de la verdad en grado supremo. Ah! ¿y quién la pudiera, sin estar instruido por el mismo Dios?“ (*Lactancio, de la vida feliz, lib. 7.º*)

PÁG. 23.

[2] *Crusan sucesivamente ó quizás á la vez horror y compasion.* Tales son los dos sentimientos que la lectura de sus obras excita en los corazones rectos y en las almas bien nacidas. Pero sin remontarnos hasta estas fuentes envenenadas, se puede juzgar de ellas por su compendio que nos ofrecen las *Memorias* y el *Catecismo de los Cacouacs* [*],

[*] „La Memoria para servir á la historia de los Cacouacs. Este librito á la vez muy picante y muy juicioso, apareció algun tiempo despues de las Pequeñas Cartas sobre grandes filósofos, y tenia el mismo objeto, el de hacer sentir la ridicula vanidad de una secta imperiosa y altanera, que habia usurpado mucho tiempo la mayor consideracion, haciendo servir á su celebridad la palabra imponente de filosofia.

„Moliere murió sin duda muy temprano. Si hubiera

así como la pequeña *Enciclopedia* ó el *Diccionario de los filósofos*. Estas obras ingeniosas, en que el antidoto se puso al lado del veneno, son interesantísimas en materia de crítica, y muy propias para hacer avergonzar al incrédulo y para confundir á la incredulidad.

Se puede juzgar tambien de la verdad de lo que dice aquí Mr. de Valmont por esta confesion del mismo Rousseau, que mas que nadie tiene derecho de ser creído en esta materia. Despues de haber invitado á las academias á mirarse como encargadas no solo del depósito de los conocimientos humanos, sino tambien del depósito sagrado de las costumbres, despues de exigir en consecuencia de los miembros que ellas reciben obras y costumbres irreprochables; despues de elegir para el premio con que honran el mérito literario, los asuntos mas capaces de reanimar el amor á la verdad en el corazon de los ciudadanos, y de refrenar así las máximas licenciosas de los que entre nosotros usurpan tan indignamente los bellos nombres de filósofos y de sábios, añade: „¿Cuáles son las lecciones de estos amigos de la sabiduría? Al oírles, ¿no les tomaria uno por una turba de charlatanes, que gritan cada uno por su lado en una plaza pública, venid á mí, solo yo no me engaño? El uno pretende que no hay cuerpos y que todo es representativo; el otro, que no hay otra sustancia que la materia. Este asienta que no hay vicios ni virtudes, y que el bien y el mal moral son quimeras; aquel, que los hombres son lobos y en conciencia segun pueden devorarse. . . el paganismo, entregado á todos los extravios de la razon humana, ¿ha dejado á la posteridad algo que pueda compararse á los monumentos vergonzosos que le ha preparado la imprenta en el reino del Evangelio?“ (*Discurso que obtuvo el premio de la Academia de Dijon, en 1750*).

PÁG. 24.

[3] *Ninguno enseña ni práctica mejor los aceres de la vida hasta nuestros dias, qué ridiculo inmortal no hubiera echado sobre uno de los mas absurdos delirios que jamás hayan hecho época en nuestra historia literaria!* Cuando la nacion halla recobrado su sangre fria para con escritores llenos de orgullo, que á fuerza de manejos, habian llegado á robarle una especie de admiracion, tendrá dificultad de concebir con que arte se pueda echar en ella tal espíritu de vértigo: pero como somos Franceses concluiremos cuerdatamente riendonos. Palissot, *Memorias literarias*.)

ley natural que el humilde fiel &c. „Hay proyectos que parecen bellos en la idea, y que son insostenibles en la práctica: el de los deístas es de este número. Forjan á su gusto cuadros de religion natural y relaciones de ciertos países imaginarios, para hacer creer que uno viviria feliz bajo esta ley. Por desgracia toda existe solo en su cerebro; es la República de Platon. Todavía no han podido hallar bajo del cielo un pueblo que profesase realmente su *naturalismo*; y verdaderamente no lo hay. Suponiendo que se consiguiera llevar á una nación hasta este punto, no permanecería mucho tiempo en él; muy pronto la veria caer ó en un olvido completo de Dios, ó en las últimas supersticiones; y por un corto número de espiritus que supiesen guardar un justo medio, la muchedumbre iría derechamente ó á la irreligion ó á la extravagancia. Tal es lo que ha sucedido á todos los pueblos que no han sido favorecidos por la luz celestial.” (*Turrelin, Tratado de la verdad de religion cristiana, tomo 1.º, seccion 2.ª, cap. 6.º*)

PÁG. 25.

[4] *¿Qué fuerza y qué poder tendrá sobre la multitud la sola voz de los filósofos?* „Cuando se hubieran recogido, dice Locke, en su cristianismo racional, todos los preceptos de Solón, de Bias, de Zenon, de Ciceron y de Séneca, y que para hacer la obra mas completa fuesemos hasta la China á consultar á Confucio, y al sábio Ancharsis en Seythia, ¿cómo esta coleccion habria podido ser una regla fija, y una verdadera copia de la ley bajo que vivimos? ¿Habria recibido su autoridad de Aristipo ó de Confucio? ¿Zenon tenia derecho de dar leyes al género humano? Si no le tenia, todo lo que el ó cualquiera otro filósofo podia decir, solo se contaba como la opinion de un simple hombre, que los demas pueden recibir ó desechar: de otro modo seria menester admitir igualmente todo lo que ha enseñado este filósofo, &c.” (*Cristianismo racional, tomo 1.º cap. 14.*)

He aquí el razonamiento que hacia Ladtancio. „Los filósofos pueden proponer bellas leyes á los pueblos; pero estos preceptos no tienen fuerza, porque son humanos, y carecen de una autoridad superior que es la de Dios. Nadie cree, porque el que escucha se reputa tanto como el que manda.” (*De la falsa sabiduría lib. 3.º núm. 27.*)

„La sociedad, dice un sábio Genovés, ¿no perderia infinitamente con que la moral misma no estuviera recomendada sino por la fé de los filósofos, mientras que puede estar revestida de una sancion divina? Tambien la predicarian los filósofos. Pero, si no me engaño, la diferencia en este punto solo se reduciria á emplear hombres con otra denominacion y otro vestido. Aun la moral llamada de Hel-

vecio, mas bien que moral judaica ó cristiana, y predicada por hombres vestidos de color en ves de vestido negro y sobrepelliz, ¿estará ménos sujeta á ser explicada por ignorantes, hará ménos petulantes, estará ménos expuesta á ser pervertida, podrá servir ménos para encubrir á los viciosos? ¿y con qué por si misma no tenga autoridad arastrará mas seguramente á los hombres? Con que un filósofo predique en una concurrencia el *El libro del Espiritu*; con que en otra se explique *El sistema de la naturaleza*; en otro lugar el de Hobbes, y en las congregacion mas favorable los de Sócrates y de Platon, con esto digo, ¿los hombres podrán contar mejor los unos con los otros? Ah! buen Dios! ¿que seria de semejante sociedad!

„Y ¿que seria tambien de la virtud? ¿cómo se convendría en el sentido de esta palabra? Se estableceria una autoridad *filosófica*, como hay una autoridad eclesiástica para fijar al ménos la moral del Estado? Ah! cuando tendriamos un código. . .

„¿Qué hatemos con los ignorantes, es decir, con una parte tan crecida del pueblo que no tiene ni tiempo, ni los conocimientos preliminares que le es posible adquirir? Este pueblo que *siente* que Dios ha debido dictar á los hombres las leyes de la justicia y de la *beneficencia*, ¿recibirá tambien de un modo implícito las especulaciones del filósofo subalterno, que titulará en su parroquia?

„Es fácil censurar, y la censura casi siempre muy atrevida seduce por su seguridad. Ved aquí toda la fuerza que han tenido contra la Religion los ataques de todo género dirigidos contra ella y contra los eclesiásticos. Aquellos á quienes los han dirigido, y que los han animado escuchándolos, no han considerado que eran del todo necesarias unas instituciones públicas, para traer á los hombres á sus deberes: y que independientemente de la debilidad de la autoridad humana para los demas hombres, debilidad que las legislaciones humanas experimentan; independientemente de la felicidad individual que solo la religion puede producir, sustituir un cuerpo de *moralistas* á un cuerpo de *eclesiásticos*, solo es cambiar los nombres: añadamos, para obtener menores resultados, ó mas bien para obrar los efectos mas peligrosos. Veanse las *Cartas físicas y morales* sobre la historia de la tierra, por Mr. Deluc, tomo 1.º pág. 44 y siguientes, y observad que el hombre recto y sensato, que el verdadero sábio que habla de este modo, es un hombre del mundo y un ciudadano de Genova

PÁG. 25.

[5] *Solo Sócrates murió por ella* „Se dice comunmente que fué mártir de la unidad divina, por haber reusado su

homenaje á los dioses de la Grecia; pero es un error. En la apología que Platon hace de este filósofo, Sócrates reconoce dioses subalternos, y enseña, que los Astros y el Sol, están animados por inteligencias, á las que es menester tributar culto divino. El mismo Platon, en su *Diálogo sobre la santidad*, nos enseña, que Sócrates no fué castigado, por haber negado que hubiese dioses inferiores, sino porque declaraba fuertemente, contra los poetas que atribuían á estas divinidades, pasiones humanas y crímenes enormes. (De Ramsai, *Discurso sobre la mitología*)

PÁG. 25.

[6] Y la necesidad de una revelacion. „Si la verdad, dice Santo Tomas, estuviese abandonada á las investigaciones de la razon, resultarían tres inconvenientes. El primero sería, que el conocimiento de Dios no pudiera ser patrimonio, sino de un corto número de hombres; porque tres cosas, que son, la pobreza, la pereza y una complexion débil, ponen á la mayor parte en incapacidad de aplicarse utilmente á indagaciones relativas á las ciencias.

„El segundo inconveniente sería, que aquellos hombres, que pudiesen llegar al conocimiento de la verdad, solo llegarían muy tarde y despues de una larga série de años empleados en el estudio.

„El tercero por fin consiste, en que tal es la debilidad del entendimiento humano, que de ordinario tiene muchos errores, mezclados en los descubrimientos que hace la razon. (Lib. 1.º, *Controversias gentiles*, cap. 4.º)

„No hay nadie, ha dicho el mismo Bayle, que sirviéndose de la razon, no haya menester la asistencia de Dios: porque sin esto, es un guia que se extravía, y la filosofía se puede comparar á esos polvos tan corrosivos, que despues de haber comido las carnes muertas de una llaga, carcomerían la carne viva, cariarían el hueso, y penetrarían hasta las médulas. La filosofía refuta ciertamente los errores; pero si no se la detiene, ataca las verdades; y cuando se la deja hacer su antojo, va tan léjos, que no sabe ya donde está, ni encuentra donde sentarse.?

CARTA VIGECIMA OCTAVA.

CONTINUACION DE LA PRECEDENTE.

„¿Cómo se atrevería uno á decir, que la ley natural, que la razon, esta ley comun á todos los

„hombres, no nos ilumina cuanto debe sobre lo que nos obliga á practicar? Ó si no ha dejado de ilustrarnos á medida de nuestras necesidades, sea cual fuere la causa, ¿ha dejado de obligarnos.?

Tal es, hijo mio, la primera dificultad que me opones, en favor de tus nuevas opiniones. La respuesta es tanto mas fácil, cuanto mas especiosa es la objecion. La ley natural no está de tal modo obscurecida en el estado de depravacion y de ceguedad en que nacemos, la razon del hombre no es tan impotente y estéril, que sea imposible á quien le pregunta con un espíritu recto y un corazón limpio, obtener luces tenues, que le conduzcan de seguida á luces mas considerables. Esta débil razon, nos obliga á proporcion delo que nos enseña, y de lo que podría enseñarnos todavía, si la consultásemos con fidelidad. Ella vá tan léjos como puede y debe ir. Llega hasta hacernos sentir la necesidad de otro socorro; hace sentir al alma sencilla y veráz su insuficiencia y las tinieblas en que la deja sumergida; hace suspirar por una claridad mayor; la conduce á las puertas del Santuario, en que la verdad eterna reside; y con tal que sean sinceros los gemidos de esta alma recta y pura, el Dios de la verdad no le falta. [1]

„¿Mas por qué, este otro socorro tan necesario, no se ha dado á todos los hombres? ¿Por qué no son todos iluminados con esta antorcha de la revelacion? ¿Y por qué tambien, aun en aquella parte de la revelacion mas interesante, cual es la fe del Evangelio, han comenzado á serlo tan tarde?

Porque era menester, hijo mio, que los hombres, abandonados á sí mismo, sintiesen sus necesidades, su miseria, y tuviesen tiempo de cansarse, por decirlo así, de su propia debilidad y de lo vano de sus investigaciones. Era menester la experiencia de muchos siglos, y de los pueblos mas cultos, como de las naciones mas sábias. Era menester, que las tinieblas precediesen á la luz é hiciesen comprender todas las ventajas de ella; que la religion revelada, sostenida en los hechos, tuviese sus desarro-